

FLORENCIA
CANALE
La libertina

*Madame Périchon,
una espía en el Río de la Plata*

booket

Florencia Canale

La libertina

Madame Périchon,
una espía en el Río de la Plata



PRIMERA PARTE

En el Viejo Mundo

CAPÍTULO

I

 El fin se casaba. Le había llegado la hora. A pesar de sus jóvenes veinticuatro años, ya había empezado a preocuparse. Étienne Armand Périchon de Vandeuil consideraba que estaba en condiciones de establecerse como un caballero de bien, con esposa y familia propia, credenciales más que suficientes para su flamante puesto en la Compañía Francesa de Indias.

Instalado hacía unos meses en Pondichéry, en la costa oriental de India, había conocido a Jeanne Madeleine Abeille, hija de un influyente miembro del Consejo de esa bella localidad colonial frente a la bahía de Bengala, y rápidamente había decidido que se convertiría en su mujer. La cortejó, midió los tiempos tratando de refrenar la impaciencia y por fin pidió su mano. El joven comerciante ya demostraba ser un rey del cálculo. Aprobado con creces por la familia de la novia, llegó el día en cuestión en que se firmó el acta en la parroquia:

Hoy, nueve de julio de mil setecientos setenta, yo el infrascripto certifico haber dado la bendición nupcial en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de los Ángeles, de Pondichéry, al señor Étienne Armand Périchon de Vandeuil, Caballero, empleado de la Compañía, natural de París, parroquia de San Roque, hijo del señor Étienne Guillaume Périchon de Vandeuil, Caballero, Recaudador

de los Dominios y Bosques de Su Majestad en la Generalidad de Moulins, y de la señora Avoye Constance Armand Montice, su madre, de edad de veinticuatro años, y a la señorita Jeanne Madeleine Abeille, hija del señor Jean Joseph Abeille, Caballero, Consejero en el Consejo Soberano de Pondichéry, de edad de dieciséis años, y después que las amonestaciones han sido publicadas en la Misa mayor de la parroquia, la primera el 1º de julio, la segunda el 5, la tercera el 8 del mismo mes y año arriba mencionados, sin que exista ningún impedimento. Fueron testigos los señores Simon Lagrenée de Mezière, Consejero en el Consejo Superior de Pondichéry y Segundo Jefe de la Plaza, natural de la Isla de Francia; Pierre Duplant de Laval, ex consejero, natural de París, Louis Pierre Tremollières, Secretario del Consejo de Pondichéry, natural de París, que han formado conmigo, así también el esposo y la esposa.

Firmado: Fray Sebastian de Nevers, capuchino, Misionero Apostólico, Cura; Jeanne Abeille Périchon de Vandeuil, Lagrenée de Mezière, Duplant de Laval y Tremollières...

Los recién casados, junto a la familia de la novia, habían recibido a los invitados en la casa de los Abeille. El Consejero de la colonia francesa en la India de Pondichéry tenía motivos para celebrar. Desposaba a su hija con un ascendente comerciante, joven que prometía, a todas luces, un futuro más que acomodado para su querida Madeleine.

La residencia lucía su mejor vajilla e hilandería, adquiridas y acumuladas gracias a los negocios con la pujante Compañía Francesa de Indias. También el vestido de la entusiasta novia había llegado de París. No habían tenido ni que tocarlo, parecía pintado sobre el cuerpo núbil de la joven Madeleine. La falda de seda celeste caía sobre una

infinidad de enaguas y armazón, y sobre la cotilla*, el peto bordado con hilo dorado y mucho encaje la había convertido en princesa por un día.

—¡Brindemos por la felicidad de *ma petite*** Madeleine y Armand! Les auguro una vida pletórica de armonía. —Jean Joseph levantó la copa y todos los presentes lo imitaron.

Las mejillas de la novia se tiñeron de rubor pero eso no impidió que sonriera de oreja a oreja. Se había convertido en *madame* Périchon de Vandeuil en pocos meses y su nuevo estatus la llenaba de alegría.

Algunos invitados veían por primera vez al flamante marido de la hija del Consejero de Pondichéry. Los más lanzados se acercaron a Armand y sin ningún reparo le preguntaron por su ascendencia. A otros no les hizo falta, su vida y obra —algo corta, por cierto— corrían como reguero de pólvora entre murmullos comedidos detrás de oportunos abanicos: la familia del joven empleado de la Compañía de Indias era de París, residían en un *petit hôtel* de la calle Saint Denis. Su tío, señor de Vandeuil, era una de las personalidades más importantes de la ciudad, además de su Primer Regidor, y su padre, un destacado recaudador de una comuna al oeste de París. Preguntaron por la madre pero ¡oh, qué tristeza!, *madame* Vandeuil ya no estaba entre nosotros, pobre Armand, qué suerte que ha encontrado a una muchacha tan buena y encantadora que sabrá cuidar de él y lo acompañará hasta que la muerte los separe, aunque roguemos que el final le llegue a él primero. Los cuchicheos amenizaban el atardecer festivo

* Pequeña pieza de ropa interior, torso sin mangas y con ballenas que iba desde el pecho hasta la cintura y potenciaba las curvas de la silueta.

** Mi pequeña en francés.

*chez** Abeille, mientras que los flamantes esposos respondían a las diversas convocatorias, asentían a todo tipo de cuestiones y, cuando lograban algún segundo para ellos, se dedicaban una sonrisa cómplice de una punta a la otra del salón.

Una de las convidadas, *madame* de Bligny, moradora influyente de la colonia francesa, traía noticias frescas de la metrópoli. Dos meses atrás el Delfín, duque de Berry, se había casado con María Antonieta, la Archiduquesa de Austria, en los espléndidos salones del palacio de Versailles. Al oírla, Madeleine quedó prendada con la novedad de esa boda, tan cercana en el tiempo a la suya aunque con realidades tan lejanas. Se acercó a *madame* de Bligny para escuchar mejor todo lo que se cuchicheaba. Se decía que la extranjera tenía catorce años y el futuro rey dieciséis, que sí, es una deliciosa muchacha espléndidamente formada, de exquisito rostro oval, de piel entre el color del lirio y de la rosa, y qué ojos, un amigo me ha confesado que son capaces de hacer caer a un santo, tiene el cuello esbelto propio de una reina y un caminar digno de una diosa. Las objeciones no tardaron en llegar y una voz destemplada, también proveniente de París, señaló que la boca de la Archiduquesa recién llegada a la Corte francesa era bien desagradable, tan pequeña y con ese inmundo labio inferior rebosante de desdén, propio de los Habsburgo. La joven novia de Pondichéry escuchaba con atención y en silencio. Se preguntaba si ella despertaría una sarta semejante de señalamientos y críticas luego de la celebración de su boda. Apenas pestañeaba para no interrumpir.

—A ver, señoras, que yo he estado allí —interrumpió uno de los invitados. —Acompañé a la familia de los Austrias, así que puedo dejar de lado las pleitesías francesas. Solo había

* En la casa de...

ojos para María Antonieta, sentada o de pie era la imagen misma de la belleza, y bastó que se moviera para demostrar que también era la gracia en persona.

Las damas reclamaron más detalles de parte del caballero, que no se hizo rogar. Hubo descripción de los fastos, los desfiles, la fiesta monumental y las solemnidades que provocaron estupor y algarabía en la audiencia femenina. El alboroto llegó a su paroxismo cuando oyeron el chisme sobre el gesto del Delfín al salir de la alcoba, luego de la noche de bodas. Con los labios apretados y gesto despectivo, parece que había escupido un «*rien*»*, para seguir su camino hacia vaya uno a saber dónde. Madeleine bajó la mirada con recato, pero no pudo esconder una sonrisa. Esperaba que su marido no tuviera que expresar el mismo descontento. Su madre le había confiado alguna que otra cosa sobre la famosa noche de bodas y la ansiedad ya no le entraba en el cuerpo. No faltaba tanto para que la fiesta se apagara y ella y Étienne se encerraran a solas en la alcoba. Ganas y miedo, eso era lo que sentía.

* * *

Armand se instaló en Pondichéry como un colono más. Se desempeñaba a la perfección en la Compañía y ya se había convertido en padre de una prole numerosa. Año tras año, Madeleine daba a luz a un *petit* Périchon, y la familia ya había sumado cuatro vástagos: Jean Baptiste, Étienne Marie, Eugène y Louis.

Los negocios eran la principal actividad de Périchon. Se ocupaba de ellos de sol a sol y su patrimonio crecía a

* Nada en francés.

ojos vista. Eran tiempos de abundancia de oro y plata en la ciudad costera y, gracias a su mente avispada y su sentido de la oportunidad, había encontrado en la venta de mercancías del Mogol y del Tíbet un mercado tan beneficioso como poco explotado. Tanto había crecido y en tan poco tiempo que pronto la familia se había mudado a una gran casa con atracadero propio y navíos de su propiedad.

Era el alba y el calor empezaba a apretar con ferocidad; se auguraba un mediodía bochornoso. Armand no lograba acostumbrarse a ese clima infernal. Madeleine, en cambio, adoraba la calidez. Apenas despuntó el sol y sin probar bocado, la muchacha bajó a la arena blanca de su casa, cubierta solo con la camisa de dormir. Caminó hasta el agua azul, atravesó el banco de arena y nadó un poco hasta sentir el alivio helado. Dio unas cuantas brazadas y se sumergió como un pez, para luego regresar a la superficie y dejarse flotar de cara al cielo y el sol, ese cielo luminoso, ese sol que abrasaba la piel expuesta a pesar del fresco del agua. Y de repente, allá lejos, vio a Armand que miraba hacia el mar, buscándola.

—¡Ven, Armand! ¡Ven para aquí! Verás qué placer, *chéri* —le gritó Madeleine y sacudió el brazo fuera del agua.

Armand no dudó y corrió hacia la orilla. En un periquete alcanzó a su mujer, se quitó el pantalón y quedó en camisa y calzón. Largó un grito de sobresalto cuando una ola lo empapó por completo.

—¿Has visto qué bonito se está aquí? Deberías acompañarme todas las mañanas, verás cuánto mejor empiezas el día refrescado por el agua del mar —dijo Madeleine mientras se colgaba del cuello de su marido.

—Tienes razón pero no siempre tengo tiempo. Hoy me encuentras de casualidad —respondió Armand y la tomó por

la cintura. —Deberíamos salir, la ciudad se despertará y se poblará de esclavos con sus quehaceres.

No quería que la vieran semidesnuda, solo cubierta por la camisa de lino blanca y mojada, que se adhería a sus formas. Su mujer era preciosa y prefería que no provocara a los indios.

—No exageres, querido. Traes costumbres de Europa que aún no te has quitado de encima. Las cosas son distintas por aquí, me he criado entre blancos e indios por igual y no les tengo miedo —refutó Madeleine, adivinando los pensamientos de su marido.

—Pero no son lo mismo, mi amor. Y la desnudez es igual en cualquier parte del mundo —la tomó de las axilas, la levantó y le señaló la tela empapada pegada a sus pechos.

Se tentó y le estampó un beso apasionado en la boca. Ambos rieron y, tras quedar exhaustos, se dejaron flotar de cara al cielo.

—¿Sabes que este lugar es un milagro, no es cierto? —murmuró Madeleine.

—Claro, porque aquí te conocí.

—Zalamero, no hablo de eso. Hablaba del sitio que sufrimos hace algunos años. Era pequeña pero lo recuerdo bien. Nos vimos sumidos en el hambre. Fueron derribados hasta los cimientos de nuestras casas. Algunos fueron devueltos al suelo francés sin pan ni recursos, pero nosotros logramos resistir.

Madeleine recordaba el sitio perpetrado por los ingleses al mando de lord Pigot aquel lejano 15 de enero de 1761. La ciudad había sido bloqueada por todas partes, diezmada por el hambre y obligada a rendirse. La guarnición y la mayoría de sus habitantes habían sido enviados de vuelta a Europa. Recién a la firma del Tratado de 1763, la ciudad costera se había reedificado y poblado de nuevo. Poco a poco se levantó

de sus ruinas, reconstruida luego de la destrucción perpetrada por los ingleses.

Armand volvió a apoyar los pies en el fondo arenoso y se peinó la melena hacia atrás. Suspiró con fuerza mientras abandonaba la mirada sobre la costa de Pondichéry. Hacía cuatro años que se había instalado allí y se sentía como en casa. Nada extrañaba de París, como si nunca hubiera vivido allí.

—Tengo algo para contarte, Madeleine —murmuró.

La joven movió la cabeza y su cuerpo inerte se hundió en el agua para emerger poco después. Enfrentó a su marido y puso toda su atención. Armand no era de hacer anuncios y era extraño que le advirtiera con semejante solemnidad que quería confiarle algo.

—Tanta seriedad me inquieta —dijo Madeleine y se quitó, como pudo, el agua que le bañaba los ojos.

—Esta tarde me nombrarán asesor en el Consejo Supremo. Me lo habían consultado días atrás y acepté —disparó Armand.

—¿Pero cómo no me lo habías dicho antes? —lo cuestionó Madeleine. —¡Qué alegría, mi querido!

—¿Me retas y me felicitas? Me haces reír —y le arrojó un chorrito de agua sobre la cara.

—Ahora te tendré conmigo —dijo con picardía. —Estoy segura de que viajarás menos, ¿no es cierto?

—Habías resultado una angurriente, mujer —bromeó Armand, la tomó de la mano y la arrastró hacia fuera.

Entre risotadas y forcejeos fueron saliendo del mar y alteraron con su rumor el silencio de la mañana. La ciudad empezaba a despertar, los criados y los esclavos comenzaban a poblar las calles de Pondichéry con sus voces y sus mercancías.

Armand llegó primero a la orilla y tiró de Madeleine. Con una palmada en la nalga, la encaminó hacia la casa.

CAPÍTULO

II

*P*érichon —además de ocupar el cargo público— amplió sus negocios y agregó mercaderías a la compraventa. Enterado del crecimiento del café en la Isla de Borbón*, otra colonia francesa, decidió que era hora de mudar hacia allí a la familia.

A bordo de una de sus embarcaciones, el viaje duró más de la cuenta a raíz de varios temporales que fueron capeados con maestría por el capitán. Aún más bella que Pondichéry, Borbón se asemejaba a un paraíso terrenal. Con una topografía salvaje, interrumpida de tanto en tanto por alguna que otra hacienda, parecía una selva salpicada de construcciones. Los más contentos con el cambio fueron los cuatro niños, quienes se adaptaron de inmediato al nuevo lugar. Sin embargo, la verdadera novedad fue el anuncio del nuevo embarazo de Madeleine, y el posterior nacimiento de la niña, tan esperada por todos. Armand supo de inmediato cómo la llamaría: Marie Anne, en honor a su prima querida, hija

* Emplazada en el océano Índico, al este de la isla de Madagascar, en el siglo XVII fue ocupada por los franceses, pasando a ser administrada desde Port Louis, en Mauricio. La isla no sería oficialmente reclamada por Francia hasta 1642, y por decreto del rey Luis XIII pasó a llamarse con el nombre de la dinastía real. La colonización no comenzaría hasta 1665, cuando la Compañía Francesa de Indias envió a los primeros 20 colonos. En la actualidad se llama Isla La Reunión.

del hermano de su padre, con quien había compartido gran parte de su infancia.

A los pocos meses fue nombrado miembro del Consejo Superior, pero eso no le hizo descuidar sus negocios. Poco podía ocuparse de su mujer y sus ahora cinco hijos, y Madeleine entendía que era un dislate hacer reclamos. Ella estaba para atender a su prole mientras su marido trabajaba, para lo cual contaba con la ayuda de un ejército de esclavos y criadas que estaban a su permanente disposición. Veía poco a su querido Armand pero sabía que no debía demandarle más de lo que él podía. Su marido acopiaba ganancias para que ellos tuvieran una buena vida, y ella sabía cuál era el lugar que le tocaba. Cuidar de la casa era su función, no como esas mujeres desquiciadas que buscan y piden, que aúllan y reclaman, como alguna vez había escuchado que sucedía entre algunas libertinas de Francia, esas afiebradas del Continente a las que todo siempre les sabía a poco. Ella no era así, agradecía a los cielos la llegada de Armand a su vida; desde que tenía memoria, había soñado con casarse y tener hijos, y la plegaria se le había cumplido. A veces —y eso que intentaba aplacar los sentimientos incómodos— se sentía un poco rara, como melancólica, pero hacía todo lo posible por evadirse. Casi siempre se le pasaba pronto, y cuando el malestar persistía, buscaba algún sosiego en el bordado, o en un largo chapuzón, o en la cocina, donde intercambiaba recetas y sabores con la servidumbre. Pero, para qué engañarse, a veces el apretujón en la garganta o el pinchazo en el pecho duraban más de la cuenta.

La vida en la isla era pura diversión para los cinco críos. Parecían animalitos fuera del corral. Seguidos de cerca por alguna nana o por su madre, no eran fáciles de controlar, en

especial Annette, la más pequeña, que en cuanto aprendió a caminar desconoció el peligro. Metía mano donde se le antojaba, era capaz de perseguir cualquier alimaña o corretear detrás de la espuma del mar cuando recorrían la orilla, a riesgo de ser llevada por alguna ola traicionera, que para su tamaño parecía un maremoto embravecido. Sin embargo, nunca hubo que experimentar catástrofes con ninguno de los *petits* Péricón. Los cuatro varones trataban a su hermanita como a un cachorro que no conoce el dolor. Annette se caía, la golpeaban —queriendo o sin querer, daba lo mismo— y ella siempre reía como loca. Solamente lloraba cuando la separaban de sus hermanos, o cuando intentaban peinarla o vestirla «como Dios manda», según decía su madre. La pequeña gustaba de corretear descalza pero, sobre todo, tan despojada como había llegado al mundo. Las criadas tenían que perseguirla en manada para acomodarle los rulos castaños desteñidos por el sol o para calzarle algún camisolín que cubriera su piel blanca.

—Esta niña no parece hija mía —bromeaba Armand con un dejo de preocupación. —Que el sol no le tiña el cuerpo, por favor. A ver, Madeleine, que pronto Annette parecerá la hija de un esclavo con la piel marrón.

En cuanto lo veía, la pequeña corría a los brazos de su padre, sin entender demasiado lo que decía. Armand la llenaba de besos y se olvidaba de las órdenes. Esa niña lo perdía.

* * *

Jorge III ocupó el trono de Gran Bretaña e Irlanda desde 1760. Sin embargo, no ostentó ni tranquilidad ni parsimonia durante su reinado. Desde el inicio, su gobierno estuvo mar-

cado por la inestabilidad burocrática que llevó a los whigs* a acusarlo de ser un déspota. Tras idas y vueltas, en 1766 nombró primer ministro al jefe de los whigs, William Pitt el Viejo, que había mostrado sus habilidades como funcionario en anteriores gobiernos, y le dio además el título de *Earl* (conde) de Chatham, elevándolo así de su condición de hombre del común. Sin embargo, en poco tiempo las aguas se encabritaron entre el rey y su primer ministro. Jorge estaba convencido de que sus súbditos coloniales debían pagar los costos de la reciente guerra con Francia, y someterse sin discusión a sus órdenes y las disposiciones del Parlamento inglés. A Pitt no le parecía una política prudente recargar con impuestos a los colonos americanos. Una furia demencial dominó a Jorge III, mientras que lord Chatham, aquejado de gota y de ausencias mentales, se vio obligado a dimitir. Entre trifulcas, los tories** volvieron al poder.

Pero Chatham no era el único enfermo. Jorge III tampoco se encontraba bien de salud. Desde hacía tiempo sufría, primero de tanto en tanto y luego en forma recurrente, de

* Apodo despectivo que recibían los políticos liberales ingleses, ligados a los sectores protestantes disidentes y los intereses comerciales e industriales. El nombre proviene de una expresión gaélica escocesa que significa «cuatrero», y originalmente se refería a los presbiterianos que marcharon sobre Edimburgo en el llamado *Whiggamore Raid*, en 1648. Los whigs dominaron la política inglesa de gran parte del siglo XVIII y en el siglo siguiente dieron origen al Partido Liberal.

** Los partidarios más firmes del poder monárquico, vinculados a la jerarquía de la Iglesia anglicana y los terratenientes, recibieron el apodo de *tory*, expresión despectiva derivada de un término irlandés que significa «asaltante de caminos». Con el tiempo se convirtió en sinónimo de miembro del Partido Conservador, sin esa connotación negativa.

desórdenes nerviosos y después mentales*. Sus asesores no sabían qué hacer, como tampoco su mujer, la reina Carlota, que cuidaba de él permanentemente e intentaba todo tipo de curas sin ningún éxito.

Con el nuevo primer ministro, Frederick North, la situación con las colonias americanas se tornó tirante. Se mostraron cada vez más hostiles a las tentativas británicas de someterlos a nuevos impuestos, como el aplicado al té. En 1773, una muchedumbre furibunda lanzó al mar cerca de 350 cajones de té en el puerto de Boston. Ante este «Motín del Té», lord North reaccionó con la introducción de las Leyes Punitivas a los colonos y el puerto fue cerrado de inmediato. Tres años después, Jorge III había perdido trece de sus valiosas colonias americanas, que el 4 de julio de 1776 declararon su independencia.

El interés de Gran Bretaña por el continente americano databa de años atrás. Y no solo el norte, el sur también les había despertado bastante curiosidad. En 1711 habían comenzado a pergeñar el proyecto de extender sus dominios en el Río de la Plata y, veinticinco años después, «una persona de distinción», como firmaba, publicó «Un proyecto para humillar a España». El enigmático autor proponía que bien valía «enviar a principios de octubre venidero 8 buques de guerra con 5 o 6 transportes, los que muy bien podrán llevar 2500 hombres listos para desembarcar en cualquier momen-

* Se piensa que los males de Jorge III se debían a una enfermedad sanguínea llamada porfiria —generalmente hereditaria, ocasionada por un déficit en las enzimas—, y recientemente los científicos han descubierto altos niveles de arsénico en su pelo, por lo que se podría suponer que el envenenamiento con esa sustancia, entonces incluida con frecuencia en distintas preparaciones cosméticas y medicinales, fue una posible causa de la locura y de sus problemas de salud.

to, para atacar, o más bien para apoderarse de Buenos Aires, situado en el Río de la Plata». La disputa entre Gran Bretaña y España databa de allá lejos y hacía demasiado tiempo; el autor sin nombre así lo reafirmaba: «... tan pronto esté en nuestras manos, recomiendo se fortifique del mejor modo que el país permita, pues allá no hay piedra y los españoles haraganes jamás han fabricado un ladrillo». Alababa la fertilidad de ese territorio, las llanuras más extensas del mundo, cubiertas por ganado de toda clase, que debían verse para dar credibilidad. Y recomendaba ponerles el ojo a aquellas tierras del sur pero también el cuerpo, si fuera posible.

Jorge III entró en cólera al enterarse de la osadía de sus súbditos americanos, declarados rebeldes y a los que se dispuso a imponer el respeto por la fuerza. Seis años duraría esa guerra. Al mismo tiempo, dispuesto a no perder terreno, ordenó avanzar sin cuartel para expandir su imperio también en Asia.

De a poco avasalló toda la península india, especialmente su litoral. Aparecieron las flotas sobre las costas de Malabar, en Surate, y en toda la costa de Coromandel, desde el reino de Tandjaore hasta el Ganges. Sin advertencia alguna, sin declaración de guerra preliminar, los ingleses se lanzaron bruscamente sobre las factorías, tomaron sucesivamente Chandernagor y Karikal, hicieron prisioneros a los jefes de Mazulipatnam, Yanaon y Surate, y se dirigieron hacia Pondichéry.

A los primeros síntomas de hostilidades, su flamante gobernador, *monsieur* Bellecombe, puso manos a la obra. La plaza fue provista de víveres y cinco mil operarios trabajaron día y noche en las fortificaciones. En solo un mes se ahondaron algunos fosos y las murallas fueron puestas en estado de defensa. Por su parte, una escuadra que se hallaba en rada se dispuso para hacer frente al enemigo.

Semejante acontecimiento había alertado a toda la región. Périchon, que navegaba esas aguas tras alguno de sus negocios, se enteró de la situación que vivía su ciudadela querida y no dudó ni un segundo: se pondría a disposición de inmediato.

El 7 de agosto de 1778 avanzó una escuadra inglesa de cinco navíos sobre la costa de Pondichéry. Los franceses respondieron en el acto, logrando ventaja. En esa ocasión, Armand Périchon demostró un valor extraordinario y no se dejó doblegar ante el bombardeo inglés. Sin embargo, quince días después, la fortuna les dio la espalda con el arribo de dos navíos ingleses de refuerzo. La fragata francesa, la *Sartine*, fue tomada por la fuerza inglesa mediante falsas maniobras, de modo que, cuando el comodoro inglés volvió a la carga, los buques franceses no osaron defenderse. Las tinieblas de la noche permitieron que algunas naves se dirigieran hacia la Isla de Borbón; la de Armand, en cambio, atracó allí, y él y sus hombres se dirigieron rumbo a la costa.

Abandonados a su suerte, Bellecombe, Périchon y algunos más persistieron en la defensa. Por fin, luego de dos meses de asedio, en que los ingleses perdieron cerca de cinco mil hombres, con los franceses bloqueados por tierra y por mar y desesperanzados de recibir auxilio, se reconocieron derrotados y el gobernador se rindió por capitulación.

* * *

Annette observaba con fervor lo que sucedía a su alrededor. Su madre había organizado una reunión en la casa para agasajar a los recién llegados a la isla. Hacía unas semanas, algunos comerciantes de distintos puntos de Europa habían desembarcado en Borbón, y Armand, miembro del Consejo

Superior, le había pedido a su mujer que organizara una celebración de bienvenida.

El festejo tenía lugar en la amplia galería y como el sol había empezado a caer, el calor apretaba menos. Sobre las mesas, se ofrecían fuentes y más fuentes desbordantes de frutas de la isla, jarras de agua con limón, café y licor de Chambord, traído especialmente del valle del Loire, en Francia.

Armand disertaba acerca de los ingredientes fastuosos del licor, mientras una ronda de caballeros aprobaba y asentía con la cabeza.

—Prueben, señores, prueben, que esta joya es superior gracias a la pizca de vainilla de Madagascar que hemos encomendado desde aquí —afirmaba Périchon y exponía el líquido rojizo-púrpura ante algún rayo de sol desvaído.

—¿Puedo probar, papá? —preguntó Annette, como siempre lisonjera con su padre.

Madeleine, que estaba lejos pero no demasiado, escuchó a su hija y miró a Armand con el ceño fruncido. Sin embargo, una de las criadas le acercó una copa y la madre no pudo emitir opinión.

—Pero, querida, Marie Anne ya tiene catorce años, es toda una señorita —respondió Armand y le sirvió en la copa a su hija.

La jovencita era la atracción del convite. Con su vestido de lino blanco, el dorado de la piel de sus brazos y de su escote cautivaba a todos por igual. La isla entera, moradores y visitantes, se rendía a sus pies ante su belleza.

—Qué delicia, tiene gusto a frambuesa —dijo Annette y se relamió sin pudor.

Todos rieron ante semejante desenfado, ella también. Los caballeros continuaron con la charla entre ellos y las se-

ñoras prefirieron agruparse en un rincón para ocuparse de los temas de su interés. Marie Anne, en cambio, invitó a Julie, la joven esposa de uno de los comerciantes más avezados, recién llegados de París, a que la acompañara. La tomó de la mano y bajaron hacia los confines del jardín. Su madre, que no le perdía pisada, la llamó.

—Annette, querida, no se extravíen demasiado que pronto oscurecerá —le advirtió desde la galería.

—*Maman*, no te preocupes; mira el sol, parece una bola de fuego. Falta mucho para que se haga de noche —le respondió su hija con una sonrisa amorosa, le tiró un beso y tomó de la mano a su nueva amiga para que la siguiera.

Julie fue detrás de Annette, confiada en su guía. Seguía su paso firme a través de un camino angosto, custodiado a cada lado por arbustos y plantas gigantescas. La joven *Madame* suspiraba ante semejante vista; el corazón le galopaba con un dejo de temor pero la inmensidad que se presentaba ante sus ojos le daba ganas de más.

—Este sitio es grandioso, Marie Anne. No sé si estoy soñando o es la pura realidad —destacó Julie mientras miraba de un lado a otro.

—No conozco otra cosa, ¿acaso es tan diferente del resto? —preguntó entre risas.

La maleza empezó a despejarse, al fondo se veía un claro. Annette empezó a apurar el paso sin prestar mucha atención a su amiga. Julie hundía los tacones en la tierra arenosa y se le complicaba avanzar. Annette, como si fuera la dueña de la isla, dominaba el tranco como un animalito. La hojarasca se abrió y de repente apareció una orilla de arena blanca y un mar quieto. Annette lanzó un grito, se quitó las botinetas de un saque, desprendió los botones de su vestido, se lo quitó y en calzón y corsé corrió al agua. Se arrojó sin dudarle y como

un pez se hundió debajo del mar. Julie ahogó un grito con la mano y abrió los ojos como platos.

—¡Ven, Julie! El agua está maravillosa, es la mejor hora para darnos los baños —dijo, y la llamó con la mano mientras daba saltos y se volvía a zambullir.

La francesita negaba con la cabeza y lanzaba risas histéricas. La tentación era inmensa, pero el decoro era superior. Annette peinó toda su melena hacia atrás con las manos y salió del agua. Sin mediar palabra, se acercó a Julie, la giró y le desanudó el lazo, la volvió de frente y le abrió el peto del vestido. En un santiamén le sacó la ropa, las medias y los zapatos, y la arrastró hasta el agua. Forcejearon un poco en broma y en segundos eran dos sirenas zambulléndose en el Índico. Solo se escuchaba el sonido de los cuerpos en el mar, unas risas de tanto en tanto, los jadeos de alivio y la caída de algún fruto maduro, seco, contra el suelo. Aquello era el paraíso.

Corrieron fuera del mar y Julie, con un resoplido, se tumbó sobre la arena seca. Annette pegó un alarido y la incorporó.

—Quítate todo, que el lino empapado sobre la piel tarda más en secar —le ordenó y se desnudó para dar el ejemplo. Julie la miró hacer pero no la imitó. —A ver, que pareces una estatua, ¿eres de piedra? Déjame ayudarte.

Y le sacó lo poco que la cubría. Extendió las prendas sobre la arena para que los últimos rayos las secaran y se acomodó junto a estas. Palmeó a su lado y convidó a su amiga.

—Miremos el mar y verás cómo el sol lo persigue —la invitó y observó la desnudez de su amiga. Julie vigilaba a un lado y al otro, visiblemente incómoda. —No temas, nadie conoce este lugar. Es mío, es mi secreto.

—Tan impúdica y tan joven —se mofó Julie y aflojó el cuerpo.

—Igual de joven que tú.

—Tengo casi diecinueve años, Annette. Y estoy casada. Eso me transforma en una dama —dijo con una sonrisa.

—Eso es apenas poco más que yo.

—Pero mi situación marca la diferencia. —Julie se tendió sobre la arena cálida. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Marie Anne la imitó y se abandonó en un suspiro. Los pensamientos la acorralaron. Recordó los dichos de su madre, repetidos una vez y otra, sobre las gracias con las que la había colmado Dios, que debía dar el ejemplo, y a ella le resonaban las preguntas: ¿a quién?, ¿por qué? Semejante dulzura y docilidad obligarían al mundo todo a la reverencia amorosa, pero las dudas persistían. ¡Ya era suficiente con el corsé, que empezaba a ajustar cada vez más, para encorsetarse también dentro de un mundo de normas!

—Cuéntame de París —dijo mientras se acomodaba de costado.

—Pareces una auténtica cortesana parisina, Annette —dijo Julie y lanzó una carcajada al cielo.

—¿Y por qué me dices eso?

—¿No te ves? Desprejuiciada, liviana, bella por donde se te mire —con un dedo le acarició la mejilla. —De cualquier modo, las cosas no están muy bien en París, mi querida.

—Cuéntame todo acerca de María Antonieta —la melena de Annette empezaba a secársele y el agua salada se escurría sobre sus hombros.

—¿Qué quieres que te cuente? No goza en estos momentos de la aprobación general. A poco de casarme y emprender estos viajes, estábamos con mi prometido en la ópera y allí estaban también María Antonieta y el rey. Pues ese día fue abucheada sin miramientos. La noté angustiada y muy afectada, y no es para menos.

Desde la asunción al trono de la pareja real, todo alrededor del rey había ido de mal en peor y la imagen de la reina había caído estrepitosamente. Empezaban a llamarla «*Madame Déficit*» y la señalaban como la responsable de unos gastos inusitados, mientras el pueblo pasaba enormes necesidades. La fiesta constante que se vivía en Versailles enfurecía a quienes no participaban de ella. Marie Anne escuchaba pero nada de todo eso era de su interés. Quería saber cómo era la vida en palacio, qué comían, cómo eran los vestidos de la reina; todo el resto bien podían silenciarlo, eran cuestiones políticas que poco le importaban, cosas de hombres.

—Cuéntame la parte linda, lo otro no me interesa —señaló y le clavó la mirada con intensidad.

—La visten todas las mañanas, un séquito interminable le hace la *toilette* matinal y le van eligiendo prenda por prenda —dijo Julie con brillo en los ojos.

—¡Pero qué suplicio!

—¿Y sabes que durante un largo tiempo el rey no la hizo su esposa?

—Oh, ¿y por qué? —preguntó Annette con ansiedad. El tema de los recién casados comenzaba a desvelarla y su madre no decía ni una palabra al respecto.

—Parece que tardaron demasiado en visitarse —Julie rio con sorna.

—*Maman* siempre dice que todo depende de la esposa, si pone voluntad, es dulce y divertida, el matrimonio irá de maravillas —sentenció la jovencita. —¿Es así?

—Me haces reír, Annette. Es un poco más complejo que eso, pero ya deberías pensar en encontrar un prometido para ti así lo compruebas.

—Creo que en eso anda *maman*, pero donde ella pone el ojo a mí me resulta desesperante. Unos decrépitos llenos de

doblones pero faltos de todo vigor —dijo, y frunció la nariz con asco.

—¡Qué dices, niña! Cuantos más doblones, mejor. Y a callarse con el resto. Hay que ser viva, mi querida.

De un salto, Marie Anne se incorporó y sacudió los restos de arena que tenía sobre su cuerpo desnudo e instó a su amiga a que hiciera lo mismo. Quedaba una pequeña lengua naranja sobre el horizonte y debían regresar antes de que anoheciera. Con movimientos lentos volvieron a vestirse y emprendieron la vuelta. Los pájaros comenzaron a piar a los gritos, la maleza parecía cerrarse a medida que avanzaba la oscuridad.